

vacion de las almas. Es menester que nuestros frutos sean de sazón para estar maduros: quiero decir, que las virtudes que practicamos sean propias de nuestro estado. Una mujer casada, y madre de familias, que todo el día quisiera estarse en la iglesia, desagradaría mucho á Dios; al mismo tiempo que le agrada mucho una religiosa que pasa en ella la mayor parte de la vida. Considera bien de qué calidad son las buenas obras que practicas, cuales los motivos, y cuales los frutos, no sea que tus devociones te hagan mas enfadoso y mas intratable. Personas hay que nunca se muestran de peor humor que cuando han estado largas horas en la iglesia. ¡Y cuantas hay que solo trabajan por parecer bien al mundo! Su vida es laboriosa, pero infructuosa para la eternidad. ¿Eres tú de este carácter?

DIA XV.

MARTIROLOGIO.

LOS SANTOS TORCUATO, CTESIFONTE, SEGUNDO, INDALECIO, CECILIO, HESQUIO Y EUFRASIO, en España, los cuales fueron consagrados obispos en Roma por los santos Apóstoles, y enviados á España á predicar el Evangelio; y habiéndole predicado en varias ciudades, conquistando á la fe católica un sin número de almas, murieron en diversos lugares de este reino: Torcuato en Guadix; Ctesifonte en Bejar; Segundo en Avila; Indalecio en Almería (*Urci*); Cecilio en Cartagena (*Iliberi*); Hesiquio en Astorga (*Carteya*); y Eufrasio en Andujar (*Iliturgi*). (Véase su noticia en las de hoy.)

SAN MANCIO, mártir, en Eborá en Portugal. (Véase su historia el día de hoy.)

SAN ISIDORO, mártir, en la isla de Chio, en cuya iglesia hay un pozo, en el cual dicen que fué echado, cuya agua frecuentemente sana á los enfermos que la beben. (Es patron de los navegantes en los mares de Grecia y muy esclarecido por los milagros que obra en favor de los que invocan su mediacion.)

EL MARTIRIO DE LOS SANTOS PEDRO, ANDRÉS, PABLO Y DIONISIA, en Lamosac en el Helesponto.

SAN SIMPLICIO, obispo y mártir, en Fausina en Cerdeña, quien en tiempo del emperador Diocleciano, siendo presidente Bárbaro, consumió el martirio traspasado con una lanza.

LOS SANTOS MÁRTIRES CASIO, VITORINO, MÁXIMO Y SUS COMPAÑEROS, en Auvernia.

SANTA DIMPNA, virgen y mártir, hija de un rey de Hibernia (Irlanda), en Brabante, la cual fué degollada por orden de su propio padre, por mantenerse constante en la fe católica y en conservar la virginidad (contra la ceguedad y locura de aquél).

SAN ISIDRO LABRADOR, PATRON DE MADRID.



S. ISIDRO LABRADOR.

LA vida de S. Isidro ha sido y será siempre una acusacion de los que viviendo en el estado llano y humilde de la república, y ganando el pan con el sudor de su frente, se creen escusados de aspirar á la perfeccion en el camino de la virtud. Nació este siervo de Dios en la villa de Madrid, por los años de 1080 hasta el de 1082. (*) Ignórase en qué parroquia fué bautizado; pero se presume seria la de S. Andrés (que fué una de las que conservó Madrid durante la dominacion agarena) de la cual fué parroquiano, y mas frecuentó su devocion en vida, y honró despues de su muerte con el tesoro de su cuerpo. La humildad de su familia nos ha ocultado el conocimiento de las particularidades de su niñez, y todo lo que sabemos de ella es, que casi desde la cuna fué prevenido con las mas dulces bendiciones del Señor, siendo tan inclinado desde luego á la virtud, que jamás perdió el candor de la primera inocencia.

Las bellas disposiciones de Isidro no fueron miradas con indiferencia por sus padres: enseñábanle aquellas devociones que tan fuertemente se embeben en la niñez, y acostumbran producir los mas maravillosos efectos en edad mas crecida, y sus ejemplos iban á la par de sus doctrinas, pues practicaban lo mismo que le enseñaban. Entre otras iglesias que ellos frecuentaban era una la de nuestra Señora de la Almúdena en que habia cánónigos regulares; y con esta ocasion Isidro eligió entre aquellos santos varones uno para la direccion de su alma. (**)

Imbuído Isidro en las máximas de virtud y de piedad, su co-

(*) Cuando nació S. Isidro, la villa de Madrid, aunque fuerte y murada, no era corte ni tampoco pueblo grande, empuñando á la sazón el cetro de Castilla el valiente Alfonso VI de León, llamado por sus proezas el Bravo, el cual arrancó á Toledo y toda Castilla la nueva del poder de los moros.

(**) Habiendo el rey D. Alfonso VI arrancado á Madrid de las manos de los moros, lo primero que hizo fué dar orden para purificar los templos que habian sido convertidos en mezquitas, dirigiéndose en particular sus solicitudes al templo principal á fin de que fuese consagrado; y luego fué dedicado á Maria Santísima, que mas adelante se denominó de la Almúdena, con motivo de venerarse en ella una antiquísima imagen de la misma Señora, que fué hallada en un cubo de la muralla, que estaba junto á la alhóndiga en que se deposita el trigo para el abasto comun, á cuya alhóndiga llaman los árabes *Almúdena*.

municacion íntima era con Dios, á quien buscaba en su templo santo, ya por medio de la oracion, ya recibéndole Sacramentado con mas frecuencia de lo que se acostumbraba en aquel tiempo: y con esta frecuencia fué tomando incremento su devocion al Santísimo Sacramento, así como de esta se originaba su grande propension á oír muchas misas, que fué una de sus devociones mas favoritas, y en las cuales edificaba con la modestia y compostura con que las oía, pareciendo una estatua, y mostrando claramente la devocion interior con que asistia á ellas.

Los ejercicios de su vida exterior consistian en ayudar á su padre en las faenas propias de su profesion. Unas veces iba al campo á llevar la comida á dicho su padre; otras le ocupaba éste en guardar algun ganado que tenia; otras en gobernar la carreta. Cuando ya se lo permitian sus fuerzas le ayudaba á segar, cavar, arar, y otros ejercicios penosos propios del labrador.

Llegó el tiempo en que faltaron sus padres, y entonces trabajaba en la clase de jornalero, ocupándose tambien en abrir pozos y bodegas, cuya molesta fatiga ilustró el Señor con varios milagros. Entre otros es memorable el que sucedió en la casa de una señora de distincion llamada Nufla. Vivía ésta fuera de Madrid, y teniendo distante el agua que necesitaba para su consumo, llegó á su noticia la habilidad de Isidro, para abrir pozos, y asimismo su gran virtud. Mandó por él, y habiéndose presentado, le manifestó Nufla el objeto para que le habia llamado, que era el abrir un pozo. Empezó Isidro la obra, y á cierta profundidad dió con una enorme peña, que inutilizó cuanto habia trabajado Isidro hasta entonces, y parecia deber frustrar todas sus esperanzas de salir bien de la empresa, al paso que aumentaba su cansancio, y redoblaba sus esfuerzos; pero como su paciencia era incansable, seguia su maniobra sin perder aquélla; y aquel Señor que le probaba manifestó con un prodigio cuan grata le era aquella fatiga de su siervo, pues en primer lugar hizo á la dura peña á manera de blanda cera susceptible de la impresion de las plantas de Isidro, pues quedaron estampadas en aquélla del modo que las llevaba desnudas. A este prodigio se siguió el de empezar luego á desatarse la peña en cristalinos raudales, dando el pozo tan abundante la agua, que jamás faltó aun en tiempo de grande sequía. A mas de esto era su virtud tan singular, que con ella conseguian los enfermos la salud, si la bebían con una viva fe y devocion. Semejantes prodigios se vieron en otros pozos hechos por mano de Isidro, en-

tre los cuales es uno el que hizo en la que ahora es calle de Toledo, y en aquel tiempo era campo, en la casa que despues habitaron D.^a María y D.^a Isabel Falconi, hermanas. Los mismos se experimentaron en la casa de los Veras, que estaba junto al colegio imperial, y despues fué incorporada al mismo.

Como Isidro hizo este pozo en la casa del caballero Vera, tuvo éste ocasion de tratarlo, y conocer la virtud de aquél que por otra parte solo parecia un pobre hombre; y prendado de él, pensó en quedarse en casa para el cultivo de sus heredades, y se lo propuso, y aceptó Isidro el partido. ¡Dichoso Vera que supo tan bien escoger! El tenia en Isidro un criado el mas fiel, que á su tiempo ejercia lo que requerian las tierras, pero con tal ahinco y tanto interés como si fuesen propias; y quien le viera trabajar en el campo se persuadiera que Isidro solo pensaba en la tierra. Sin embargo Isidro sabia unir la vida activa con la contemplativa, y mientras tenia la mano en el arado, tenia el corazon elevado al cielo, no perdiendo jamás de vista el único objeto interesante al hombre, que es el cultivo del alma, para asegurar su salvacion. Quien advirtiese algunas de las acciones que practicaba Isidro en el ejercicio de su oficio juzgara un men-tecato y maniroto al que en todas ellas sembraba rasgos de caridad á la par de su sencillez, y con ellas iba adquiriendo lucros para la vida eterna.

Tal era lo que hacia cuando sembraba, pues algunas veces echaba puñados de simiente fuera de la tierra labrada para que comiesen los pájaros, á los cuales decia: *Tomad, avecitas de Dios, que cuando nuestro Señor amanece, para todos amanece.* Ordinariamente al empezar á sembrar al coger el primer puñado de simiente decia al arrojarlo: *En nombre de Dios: esto es para Dios.* Luego cogia el segundo puñado, y decia: *Esto para nosotros.* Cogia el tercero y al derramarle decia: *Esto para las aves.* Tomaba el cuarto, y al arrojarlo decia: *Esto para las hormigas.* En cierta ocasion estaban ciertos labradores viendo lo que hacia Isidro, y acercándosele le dijeron: *Isidro, ¿y para las hormigas tambien?* Y el Santo sonriéndose respondió con su natural candor y simplicidad: *Sí, tambien para las hormigas, que son animalitos de Dios, y para todos da su Majestad.*

Quando Isidro salia á sembrar no le permitia su corazon compasivo hallar pobres, y dejar de socorrerles con trigo del que llevaba; y á veces su compasion se estendia hasta las aves, á las cuales convidaba con algun puñado de grano que les derramaba en tierra, cuando ellas parecia que hambrientas lo pedían desde los árboles, como sucedia en tiempo de nieves. Un dia le envió

su amo al molino con un costal de trigo para moler : encontró en el camino unos pobres que en sus semblantes llevaban las creencias de su miseria, y en sus sucios harapos una señal de su indigencia : no necesitó mas Isidro para moverse á compasion, y decirles : *Hermanos, ¿quereis un poco de este trigo para remediaros, que no tengo otra cosa?*

No lo dijo á sordos; y así fué que no malograron la ocasion que se les presentaba de dar algun pábulo á su apetito; pues al punto presentaron quien un pedazo de capa, ó andrajo, cual la montera, para recibir el grano que el bondadoso corazon de Isidro quisiese darle. Siguió su camino y halló una bandada de pájaros, los cuales, á su parecer, le miraban, y con los ojos le pedian socorro: paróse, y con su natural sencillez y candor abrió otra vez el costal, y les echó una buena porcion de trigo. Con esto disminuyó tanto el costal, que llegó al molino casi vacío. Tocóle su turno y echó el poco grano que llevaba en la tolva para molerlo, y concluyendo de moler resultó tanta harina que no cupo en el costal; prodigio con que manifestó el Señor cuan gratos le eran los rasgos de la caridad de su siervo. Pero el molinero, menos caritativo y demasiado malicioso, no atribuyó aquel aumento á milagro, sino á hurto, sospechando que Isidro habria hurtado alguna porcion de grano de otros costales; y aun pasó de la sospecha al juicio; y así le dió en rostro con el hurto. Sufrió el siervo de Dios la injusticia de la calumnia con mucha calma y paciencia, y le dijo al molinero sin alterarse : *Yo no soy ladrón, ni lo permita Dios; pero ya que pensais que lo he hurtado, se reduce á daros la harina : tomadla pues toda, y volvedme otro tanto trigo como traje. Ahí está la harina, lleváosla, que yo no tengo otro modo de satisfaceros.* El codicioso molinero aceptó el partido, le dió otro trigo, y se quedó con la harina. Luego se echó el poco grano en la tolva y empezó á moler, sin perderlo de vista el molinero, y molida aquella corta porcion de grano, resultó mas harina que la primera vez, confirmando con el segundo prodigio cuan gratas eran al Señor las acciones de Isidro, y justificándole de la calumnia con que habia intentado denigrarle el molinero.

Pero no fué esta sola la prueba justificativa de las obras de Isidro la que dió el cielo; pues mientras estuvo á su cargo la hacienda del caballero Vera se advirtió ser esta la que tenia los sembrados mas limpios, las espigas mas granadas, los granos mas crecidos, su yunta mas lucida, siendo así que ni el ganado de Isidro llevaba mayores piensos ó mejor pasto que el de otros, ni en sus tierras se sembraba mas trigo, ni en sus campos llo-

via mas que en los otros. Esto escitó la envidia de sus vecinos, y les movió á acusarle ante su amo de descuidado y negligente en órden al cultivo de las tierras. Pero el cielo tomó de su cuenta su defensa; pues cierto dia salió el amo á dar vuelta por sus heredades, y colocándose en una altura que dominaba el campo en que debia arar Isidro, para acecharle, observó que el Santo estaba orando entre unos árboles hincado de rodillas, y al mismo tiempo vió la yunta no parada, sino arando sola : bajó al sitio, y vió como los bueyes araban sin guiarlos alguno, haciendo buena huebra, y tirando los surcos tan rectos como si los guiase el labrador mas diestro.

Apenas vió Isidro á su amo, cuando se levantó y se puso á darle las satisfacciones que le sugirieron su sencillez é inocencia. El buen caballero disimulando su admiracion, le dijo : *No importa, Isidro, no importa, nada se ha perdido.* Y en realidad nada podia perder el amo por estarse orando el criado, cuando el cielo suplía su trabajo, y tan abundantes frutos producian sus oraciones.

Vivia tranquilo Isidro sirviendo al caballero Vera, hasta que el feroz Alí, rey de los almoravides, despues de la muerte del valiente Alfonso entró por el reino de Toledo con un formidable ejército, y se apoderó de Madrid. Con este motivo muchos cristianos salieron de aquella villa, de los cuales fué uno Isidro, el cual viendo y sintiendo el detrimento que de semejante conquista se seguia á la religion, tomó el partido de retirarse á Torrelaguna donde tenia algunos parientes, lugar distante nueve leguas de Madrid. En él se ajustó por criado con un hacendado. Pero no por haber mudado de lugar mudó de costumbres : era el mismo en Torrelaguna que en Madrid, seguia con sus devociones, visitaba los templos que habia en la villa, y los de la comarca, pero su devocion se dirigia particularmente á la ermita de nuestra Señora que estaba junto á Caraquiz, llamada despues de *la Cabeza*. De aquí nació el murmurarle algunos émulos diciendo, que era un holgazan; que descuidaba la hacienda de su amo; y que con capa de virtud era enemigo de trabajar.

Estas murmuraciones llegaron á oídos de su amo, el cual llevó muy á mal las detenciones que Isidro hacia en las iglesias, persuadido á que redundaban en menoscabo de su hacienda; y así procuró remediar el supuesto daño, mandando un dia á su criado que fuese primeramente á tal heredad, y la acabase de cultivar; que de allí pasase á arar la haza de tal parte, y concluida aquella labor fuese á trabajar á otra tierra; en fin le man-

dó tantas cosas, que parecia imposible poder desempeñarlas. Sin embargo Isidro todo lo admitió con gusto, sin despegar los labios, y aparejando su yunta se fué á la labor. Por la tarde el amo montando en su caballo, se fué al campo para ver lo que Isidro habia trabajado. Dió vuelta á sus heredades, y vió concluido cuanto le habia encargado, causándole admiracion ver concluida tanta labor; pero no obstante no quedó satisfecho con esto; porque Dios tenia reservado para otra ocasion el acabar de convencer de la rectitud y sinceridad de su criado con lo que vamos á referir.

Era costumbre en Castilla y en otros parajes dar el amo al criado á cuenta de su salario una pieza de tierra, para que se la cultivase, y de sus frutos se le proporcionase con que calzarse y vestirse; y á dicha tierra la llamaban *pegujal*. Este pues fué el concierto que hizo Isidro con este amo. Sembró su *pegujal*, y á su tiempo segó su miés y puso esta en la misma era con lo que produjo la hacienda de su amo. Trilló uno y otro, pero separadamente, y puestos en la era el acervo de los granos de su amo y el de Isidro, se vió ser mayor el de este. Entró el amo en sospecha de que su criado habia pasado grano del de su heredad al del *pegujal*, y no dejó de dárselo á entender con su mal semblante, y en el desabrimiento con que le trató. Pene- tró Isidro el interior de su amo y conoció su modo de pensar, y así le dijo con su natural candor y sencillez: *Mire, señor, Dios es el repartidor de los bienes, y los reparte á quien quiere, y como quiere; pero para salir de esa duda, tome, señor, uno y otro monton de grano, que yo me quedaré contento con sola la paja de mi pegujal*. Admitió gustoso el amo tal partido, y mandó llevar á su casa ambos montones; y Isidro quedó en la era con solo el monton de la paja de su *pegujal*; volvió á trillarla y limpiarla, y sacó de ella mas trigo que el que se habia llevado su amo.

Rindió el Santo á Dios las gracias, y dió á su amo y á todo el mundo un testimonio de su desprendimiento, repartiendo aquel grano á los pobres, esponiéndole su caridad á serlo por socorrer á los demás; pero Dios premió su caridad no permitiendo le faltase, sin embargo de que todo lo daba de limosna, ya fuese salario, ya jornal, ya lo que cogia en su *pegujal*, reservándose solo lo preciso para sí, que era harto poco.

Un mozo de tan bellas circunstancias necesitaba una compañera que le asistiese y ayudase á llevar los trabajos inseparables de la vida humana; mas no juzgando prudente pasar repentinamente á tomar un estado que pide muy serias reflexiones an-

tes de entrar en él, imploró la asistencia del Padre de las luces en la oracion, y así logró el acierto; pues inspirado de Dios, y aconsejado de su padre espiritual, dió la mano de esposo á una mujer que habia de formar con él la mas estrecha union, porque á los vinculos del matrimonio habia de añadir los de la caridad, que forma un vínculo de perfeccion, y escluye la escoria de fines bastardos que acostumbran aflojar la union del grande Sacramento entre los casados. Su matrimonio se celebró en la parroquia de Sta. María Magdalena de Torrelaguna; matrimonio santo en sus principios; no solo porque lo es como sacramento en Cristo, y en la Iglesia, en frase del Apóstol, si que tambien porque fueron puras las intenciones por parte de entrambos.

Era María, su esposa, natural de la villa de Uceda, donde la dejaron sus padres una heredad, que llevó en dote cuando enlazó con Isidro. Y si bien nació en Caraquiz, pero era una alqueria sita en el término de Uceda, correspondiente á una de las parroquias de esta villa. En el bautismo pusieronla sus virtuosos padres el nombre de María, por devocion á la Reina de los Angeles: el sobrenombre *de la Cabeza* con que es conocida en nuestros tiempos, no fué apellido suyo, pues se le empezó á dar cuando fué trasladada su cabeza á la ermita de nuestra Señora, que está junto á Caraquiz entre el rio Jarama y Torrelaguna, mudándosele el título *de la Piedad* que tenia en el *de la Cabeza*; y asimismo llamando á la sierva de Dios *Santa María de la Cabeza*.

Unidos Isidro y María buscaron una casita proporcionada para entrambos, y la arreglaron con lo que le dieron el dia de la boda sus parientes y convidados, segun costumbre de aquella serranía, y con el corto ajuar que ellos habian adquirido con su industria. Pero como María llevó en dote una heredad que la dejaron sus padres, segun dejamos dicho, y esta estaba en el término de Uceda, y junto á Caraquiz, trataron los dos consortes de tomar en arriendo algunas tierras de esta alqueria, pertenecientes á un vecino de Torrelaguna. Convenidos con él, se trasladaron á Caraquiz, y comprando un par de bueyes, empezaron á labrar las heredades por su cuenta.

Establecidos en Caraquiz vivian Isidro y María como dos ángeles, tan unidos y con tal conformidad de ideas y voluntades, que el gusto del uno era el del otro. ¿Quien será capaz de expresar los santos coloquios que tendrian entre sí aquellos santos consortes por los caminos, y estando solos en el campo? Bien pueden deducirse los quilates de la virtud de los dos benditos esposos de los prodigios que por ellos obró el cielo, y de los que

tenemos noticia pueden inferirse los favores que les prodigaría el Señor cuando no habia testigos que pudiesen referirlos.

Terminada la contrata que tenia hecha Isidro con su amo en Torrelaguna, hizo otra con un caballero de Madrid, llamado Ivan ó Juan de Vargas, y pasaron los santos consortes á vivir en Talamanca, villa situada en la ribera del Jarama.

Como cualquier vecino recién llegado á un pueblo poco numeroso acostumbra llamar la atención, todos los de Talamanca la tenian fija sobre aquellos nuevos vecinos, como dos ejemplares de casados. Los veian unidos con los vínculos de la paz y caridad mas estrecha, admiraban en ellos su trato afable, notaban unos modales gratos, y nada agrestes, y una particular afición á los pobres; y así era que gozaban de un cielo anticipado en la tierra aquellos dichosos consortes. Pero el demonio, envidioso de la felicidad de Isidro y María, y rabioso por los incrementos que tomaba de día en día su virtud, procuró sembrar zizaña en medio de este precioso grano. Para esto se valió de los mismos pasos que daba María hácia la perfección. Como era tan devota de la Reina Santísima, y habia cuidado de su ermita de Carquiz, con licencia de su marido iba todos los dias que podía á visitarla, y proseguia cuidando del aseo, y de encender la lámpara. Sucedia que cuando pasaba la sierva de Dios para la ermita salian al campo para saludarla los pastores de las riberas del rio que la conocian, y los quinteros que cultivaban aquellos campos, ansiosos de su santa conversacion y saludables documentos. Deteniase algo María, y cristianamente cortésana, les hablaba y consolaba en sus trabajos, les daba buenos consejos y exhortaba á servir á Dios. Pero de estos rasgos de caridad tomó ocasion la malicia de algunos rústicos mal intencionados para esparcir unas voces que hacian poco honor á la sierva de Dios, y la vulneraban notablemente. En breve esta especie llegó á los oidos de Isidro, en cuyo corazon no dejó de hacer alguna impresion, sin embargo que tenia pruebas las mas convincentes de su virtud y fidelidad.

Un dia de fiesta, empero, estando el Santo en la iglesia en oracion, levantó el demonio una fuerte batería, y dirigiendo sus tiros contra la imaginacion del Santo, logró el turbarla recordándole cuanto habia oido de su esposa, y pintándosele con unos colores tan vivos, que le parecia estarla viendo desde allí en comercio poco honesto con los pastores de las riberas del Jarama. Preocupado con esta imaginacion entró en tales zelos, que salió sin reflexion de la iglesia, llevando clavado en el corazon el punzante aguijon de la sospecha. Salióse cierta tarde por la ri-

bera del rio, hácia la ermita de nuestra Señora, llevando el corazon traspasado de dolor; y he aquí que levantando los ojos al cielo, y estendiendo luego la vista se le presentó á lo lejos su esposa, la cual venia por la otra parte del rio; y entonces se retiró de su vista y ocultó para observarla. Acechó Isidro á su esposa, y el cielo, que habia querido probarle y glorificar á su consorte, le consoló haciéndole testigo de un prodigio; pues observó que acercándose María al rio hizo la señal de la cruz sobre las aguas y sobre sí misma, y pasó á pié enjuto sobre ellas, como si pasase sobre un puente ó barca. A vista de tamaña maravilla quedaron desvanecidas todas las sospechas de Isidro, y trocadas en consuelos.

Por los años de 1119, contando Isidro treinta y ocho ó treinta y nueve años de edad, por disposicion de D. Juan de Vargas, se trasladaron á Madrid los santos esposos; y como el caballero Vargas tenia en aquella villa una casa junto á S. Andrés, destinada para la familia y mozos de labranza, dió habitacion en ella á nuestro Isidro en un aposento bajo, el cual se halla convertido en una pequeña capilla, en cuyo altar se venera una imagen del Santo.

El tenor de vida de Isidro vuelto á Madrid era el mismo que habia guardado antes: madrugaba, daba vuelta por el ganado, se retiraba á un rincon del establo, y allí tenia un rato de oracion, meditando en algun misterio de la vida de Cristo; y lo mismo ejecutaba su esposa en su aposento. Luego que era hora de abrir los templos, iba Isidro á visitar algunos; pero frecuentaba señaladamente el de nuestra Señora de Atocha, reservando para el último el de su parroquia de S. Andrés; y ordinariamente eran en número de nueve los que visitaba, segun resulta del proceso de su canonizacion.

Como el matrimonio de Isidro con María habia sido conforme á la voluntad de Dios, lo bendijo su divina Majestad, y les hizo gustar el fruto de su bendicion en un hijo que les dió. Estaban llenos de contento los dos santos esposos, viéndose con un hijo, y cuidaban de él con el mayor esmero como de una dádiva que les habia confiado el cielo; pero como las satisfacciones de este mundo siempre van alternadas de pesadumbres, la complacencia de los dos Santos se trocó en luto; pues estando en cierta ocasion María arrimada al brocal de un pozo, que era harto bajo, hizo el niño un movimiento repentino con el cual se desprendió de los brazos de su madre, y cayó en el mismo pozo. En esto llegó Isidro del campo bien ajeno de pensar hallar á su esposa en tan triste situa-

cion: sabedor del acontecimiento, no se alteró, aunque sintió como padre la tragedia de su único hijo ahogado en el pozo; y lejos de increpar á su esposa, la consoló con dulces espresiones, y exhortó á esperar que Dios los consolara, y que la piadosa Reina del cielo se lo volvería. Pusiéronse de rodillas junto al pozo, suplicando al Señor que por su Santísima Madre los consolase en tamaña afliccion. ¡Mas, ó prodigio! mientras estaban orando aquellos santos consortes iban subiendo las aguas hasta llegar á igualar con el borde del brocal, con el niño encima, como quien se lo presentaba, pero vivo y sano, sentado sobre ellas, y manoteando como quien jugaba con las mismas. Entonces llenos de gozo le tomaron en brazos, y rindieron las debidas gracias á Dios y á su Madre Santísima.

Omitimos los rasgos del corazon compasivo de Isidro hasta con los irracionales; pues se le vió repetir siendo casado y padre de familia lo que habia practicado siendo soltero, esto es, repartir á las aves en tiempo de nieve parte del trigo que llevaba á moler para el gasto de casa, por cuyo motivo otro labrador, que iba con él, lo tuvo por un mentecato, y aun llevó á mal aquel que llamaba desperdicio, y reconviniéndole, le dijo Isidro: *Calle, señor, cuando Dios da para todos da*. Pero pronto se desengañó aquel labrador, pues cuando llegaron al molino se vieron llenos los costales. Del mismo modo se vió repetido el milagro que habia sucedido en la era con su primer amo, pues una vez pidió al caballero Vargas le permitiese volver á aventar la paja que estaba ya separada del grano, con el fin de dar á los pobres lo que resultase. Hizose cargo su amo de la paja, y viendo era muy poco el grano que podia sacar de ella, le concedió lo que pedía. Tomó Isidro el bieldo, y la aventó segunda vez, resultando mas grano que la primera vez.

Despues de esto quiso el caballero Vargas que Isidro se trasladase á una casa de campo que poseia cerca de Madrid, como se verificó. Allí seguia el mismo tenor de vida de oír misa y visitar los templos de Madrid adonde iba muy de mañana. Esto dió margen á algunos émulos para hacer con Isidro lo que otros habian ya practicado en otros tiempos contra él. Para averiguar el caballero Vargas por sí mismo la verdad ó falsedad de lo que se le imputaba á Isidro, al dia siguiente se levantó de mañana, y al partir de casa fué siguiéndole los pasos con mucho disimulo: observó que estaba gran parte del dia entregado á sus devociones, y salía á la labor cuando los demás quinteros la llevaban muy adelante. A vista de esto montó en cólera persuadido de que las devociones de Isidro redundaban en perjuicio de su

hacienda; y aguardó que llegase al campo para desahogarse con él. Llegó por fin Isidro, y su amo, olvidado de los prodigios que él mismo habia presenciado, desplegó su cólera sobre él llenándole de injurias.

Isidro para disculparse no hizo mas que referirse á lo que producian las tierras que cultivaba, manifestando al caballero Vargas, que si se entregaba algun tiempo al cultivo del campo de su alma, y servicio del supremo Señor, lejos de ceder en menoscabo de su hacienda, su Majestad lo suplía; y que por tanto le rogaba que no llevase á mal su devocion. Esta respuesta blanda y humilde del siervo de Dios cortó el vuelo á la ira de su amo, y solo le encargó el cuidado de su hacienda.

Peró no sabiendo componer todavia Juan de Vargas las devociones de su quintero con el buen cultivo de su hacienda, y deseoso de experimentar si se habia enmendado, se fué una mañana á Puerta de Moros, donde habia una atalaya que miraba hacia el campo en que Isidro habia de trabajar aquel dia. Púsose al pié de la atalaya aguardándole; mas siendo ya tarde no parecia. Por fin le columbró de lejos; y pareciéndole que el seguir con sus devociones era despreciar sus avisos, montó á caballo y salió volando hacia donde estaba Isidro, porque estaba mas montado en cólera, y deseaba desfogarla con él. Mas el Señor que protegía á su siervo, le puso á cubierto de las iras de su amo, y le desarmó prontamente con un prodigio; pues al bajar de Madrid á Manzanares alzó los ojos á la cuesta que está de la otra parte del rio, donde se hallaba el Santo arando, y se le ofrecieron á la vista dos mancebos vestidos de blanco, cada uno arando con su yunta de bueyes tambien blancos, é Isidro con los suyos en medio de los dos jóvenes. Paróse Vargas lleno de pasmo, no pudiendo persuadirse que Isidro tuviese caudal para pagar dos jornaleros que le ayudasen á arar. A mas de esto le admiraba el traje de aquellos jornaleros, que no era del país, y las huebras que hacian. Entonces se sosegó y trocó la ira en un grande gozo; y deseando cerciorarse de cerca de lo que observaba de lejos, dió espuela al caballo, y corrió al campo en que observaba aquel prodigio, sin perder de vista aquellos dos jóvenes, cuyo objeto aumentaba por instantes su admiracion, al paso que acrecentaba su gozo. Bajó los ojos al meterse el caballo en el rio, y al volver á levantarlos ya no vió sino á Isidro arando con su yunta. Llegó por fin adonde estaba su criado, y persuadido á que cuanto habia visto era cosa del cielo, le pidió no le ocultase la verdad, y le dijese quiénes eran aquellos que poco antes araban con él, y habian desaparecido. En-